

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón 25 de Mayo de 1934

Núm. 570

Soñando junto a la cuna del primer hijo

Enciende la luz de la habitación y entra en ella con Manolín de la mano, se sienta en una butaca al lado de la camita blanca, y dispónese a desnudar al niño, que muerto de sueño y deseando acostarse, deja dócilmente que le quiten la ropita y le pongan el pijama.

Una vez ya dispuesto, Mercedes le coge en brazos y lo pone a la camita; arrodillándose el chiquillo en ella, y guiada por la mano de su madre, hace con la soya la señal de la cruz en la frente, en el boquito, en el pecho...; la madre sonríe dulcemente y el hijo, dominando el sueño que le obliga a entornar los ojos, repite con la devoción que le permiten sus tres años, las palabras de su madre:

—Padre nuestro, que tás en los celos...

Terminada la oración, Mercedes le acostaba, arregla los embozos, le abraza bien y, antes de que el chiquillo se duerma, besa apasionadamente su cabecita rubia; una de las manos asoma por entre las sábanas celestes, y con voccecita mimosa balbucea:

—Mamita, dame tu mano.

Vuelve a sonreír la madre ante el capricho de todas las noches, coge entre las suyas la manecita del nene y se sienta a su lado, mirándole con ternura.

Casi instantáneamente, ante la dulce presión de las manos maternales, Manolín quedábase dormido, y su madre le contempla con cariño y al mismo tiempo con inquietud.

¿Qué será de su hijo conforme vaya pasando el tiempo? ¿Qué tristezas o alegrías, penas o gozos, le tendrá Dios reservados profundísimamente? ¿Su hijo! ¡Aquel muñeco que es su mayor ilusión, única alegría, su ambición más grandel! ¡Oh! Si en su mano estuviera su porvenir, su vida... ¡Por qué senda más tranquila, más feliz caminaría siempre! ¡Libre de espinas, que ella arrancaría antes con sus propias manos!, aunque sangraran ¡para que el camino quedara limpio, suave, amable al pasar él!; ¡qué no haría ella por su hijo!, todos los sacrificios, todos los sufrimientos, por muy duros y amargos que sean, se sienta capaz de sufrir por ahorrar a ese hijo una pena, un dolor, una desilusión.

—Señor, si soy su madre, qué no haría yo por él!—dice mirando el Crucifijo de plata que hay encima de la camita blanca.

Y siente que se le humedecen los ojos al pensar que, a pesar de su cariño, de su abnegación y de sus desvelos, no podrá evitarle muchos sufrimientos...; la vida es dura, cada vez más ingrata y hiera y mata con fina crueldad, con desdenosa indiferencia... ¿Qué podrá hacer ella, pobre madre, para defender a su hijo cuando quiera volar del nido, cuando sintiendo en sus alas suficiente fuerza para volar solo, vaya por esos mundos de Dios? Y cuando regrese, ¿qué podrá hacer, si el pajarillo vuelve con las alas rotas o heridas? ¿Curar? No, ella sabe que hay heridas que

no las puede curar una madre, por muy grande que sea su cariño. Hay desilusiones, tristezas, desengaños, que la vida causa y que dejan unas huellas tan hondas en el alma, que nadie puede ya quitar.

Y siente en su alma una angustia rara, un malestar extraño, al pensar en los sufrimientos de ese hijo, en las lágrimas que esos ojos tan queridos puedan algún día derramar. Si siempre pudiese quedarse así. ¡Si siempre fuese chiquito! ¡Si no creciera, si no se hiciera hombre! ¡Qué felicidad!, porque entonces ella estaba segura de ser siempre para él su único cariño. A ella acudiría siempre en busca de protección y de apoyo; para ser feliz le bastaría entonces el amor de su madre. Pero cuando crezca—piensa desconsolada—cuando se haga hombre, no le bastará mi cariño, necesitará otros para ser feliz; otros... ¿Y quién podrá quererle como yo, ni más que yo?

El nene sigue durmiendo, ajeno a los pensamientos de la madre; duerme y sueña, y entre sueños sonríe...; ¡y ante la sonrisa de su hijo, se disipan los negros pensamientos de Mercedes!

—¿Por qué no ha de ser feliz mi hijo? ¿Por qué ha de sufrir? ¡No, no sufrirá!, murmuraba con ingenua convicción, y siente que en su alma se han encendido de pronto llamas de ilusión de la fantasía, de los sueños y mientras el hijo sueña dormido, la madre sueña despierta.

—¿Qué será mi hijo? ¿Ingeniero? ¿Abogado? ¿Militar? ¿Marino? ¿Aviador? ¿Médico? ¡Sí! ¡Será médico; médico que se hará pronto célebre y ganará mucho dinero, y tendrá una gran clientela y todo el mundo hablará de él, y los periódicos elogiarán su ciencia, su saber, «el sabio Doctor», «el ilustre Doctor...», «el célebre Doctor», se oírán decir por todas partes y le enviarán, y le admirarán con delirio, con entusiasmo...! Será una gloria de la ciencia médica ¡y qué orgullo para ella ser madre del «Doctor»...!

El hada de los sueños teje con desusada rapidez en la cabeza y en el corazón de Mercedes, proyectos, planes, ambiciones, ilusiones. ¡Toda una vida!, y nerviosa, emocionada, va «viviendo» todo aquello, y al darse cuenta de que está soñando, rompe en una carcajada alegre, y exclama:

—¡Ay madre, madre! ¡qué loca eres!

Y después, acercándose a la camita del nene, murmura muy quedo con una ternura apasionada, y con los ojos aún brillantes por la emoción del sueño:

—¡Chiquillo, qué bonito eres! ¡Vida!

MARÍA AURORA

A'gencias 1934. (De «Ellas»).

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Mayo, 1934.

El abrigo tres-cuartos

El abrigo ligero, vaporoso y elegante que no se había visto en París desde hace varios años, ocupa hoy la atención del gran mundo, siendo, por lo tanto, de extremada novedad.

Más corto que el vestido, abierto por delante, estiliza la silueta de una manera singular formando una especie de fondo sobre el que se destaca el cuerpo afinándose por contraste.

Se le quiere designar con el título de vestido-tipo, aunque se interpreta de diversas y graciosas formas, y este verano será el conjunto preferido por las mujeres elegantes, llevándose debajo del vaporoso abrigo tres-cuartos un vestido preparado al efecto. Vestido y abrigo combinados en clase, color y reforma, se llevarán en todos los tonos, claro está, predominando los claros y los oscuros. El abrigo tres-cuartos puede

de llevarse a todas las horas del día y sobre vestidos diferentes.

Combinando, como ya se ha dicho, un poco los colores, se llega a tener con este abrigo una especie de sobrevesta diurna que puede llevarse con todos los modelos de vestido, sin que haga mal, por raros y diversos que éstos sean.

Pero como más se llevará será con los vestidos de mañana, de corte simple y liso en lana azul marino, con los vestidos de tennis en tela de lino blanca y en cinta de «faillé» rayada, con el cuello en forma de V, también en los jerseys de lana y con las blusas escocesas en crepón de China con sweater negro y con las faldas plegadas, a base de tabletones, hechos con lana de abrigo. Con los vestidos de tarde también se llevará, siendo éstos en crepón de China rayado, negro o blanco, de seda cruda o bien negra, con un cuello de piqué blanco, y hasta con los trajes-sastre de la obscura, sin cuello, con cinturón de fibra cruda de igual color.

Ya lo veis, queridas lectoras, un sólo abrigo tres-cuartos basta para este inmenso surtido de trajes y vestidos que acabamos de citar e innumerables más que por evitaros fatiga nos hemos dejado de intentar en el tintero para otro día.

El famoso abrigo tres-cuartos, tan elegante y tan en boga, se hace con tejido de lanilla suavísima, blanca, ligera y flotante, casi ingrátida del escaso peso que debe tener, la cual es preferida por los grandes modistos que dan al mundo elegante la pauta de la moda.

Esta clase de tejido irregular en lanilla se usa también con suma frecuencia para los vestidos flotantes de principios de verano, claro que es un tejido más tenue y delgado, en colores más ligeros, casi esfumados.

Utilizando este vestido para debajo del abrigo tres-cuartos resulta un conjunto impecable, armonioso, encantador... Es el completo más perfecto que se ha lanzado esta temporada en París.

A. D'ENERY



Sombrero de paja de Italia negra, adornado con una cinta de flores de diferentes colores



Vestido de noche, de satín violeta, con los adornos de las hombreras del mismo género

LOS CACTUS

Estamos en primavera, en mayo, el mes poético de las plantas y de las flores, durante el cual los campos y las casas se transforman en grandes o pequeños jardines.

Esta estación no podía por menos que influir en lo decorativo y así cada año suele traernos una moda, más o menos efímera. Este año prevalece la de los cactus, la cual no será tan pasajera como otras, ya que esta planta cría raíces hondas y vigorosas.

El cactus, efectivamente, es una planta, dentro de su agresividad punzante, decorativa y moderna en grado sumo. La vemos a diario en el bar cosmopolita, al lado de las cocketeras exóticas, en el hall de los grandes hoteles y de las viviendas elegantes.

Nuestras lectoras deben saber que el cactus requiere grandes cuidados al plantarse, los cuales desaparecen una vez que la planta ha adquirido cierto desarrollo. La tierra, al efecto, debe ser mezclada con cierta porción de arena blanca,

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas — Cuentos — Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.

cantidad que cuanto mayor sea, regulará en igual proporción el lento desarrollo de la planta. A mayor parte de arena, mayor lentitud en el desarrollo.

No hace falta regarlo con frecuencia; el agua contenida entre sus membranas vegetales resiste por mucho tiempo la sequía. De todos modos, es conveniente regarlos cada quince días en invierno, cada diez días en primavera y cada ocho días en estío.

Se puede obtener la reproducción de estas plantas por simiente, lo cual es muy lento, y por estaca cortada de una planta en pleno desarrollo. En este último caso, se rodea la herida de arena para que no roce la tierra y se tiene en esta disposición 10 ó 12 días antes de plantar el gajo o esqueje en la tierra.

Para que los cactus presenten un aspecto bonito es necesario que estén plantados en vasos de barro vidriado, sobre mesas, ventanas o rinconeras.

C. I. P.

Detalles complementarios del vestido femenino

Con especial cariño cuida la moda los mil detalles que, al completar el atavío femenino, le suministran los principales elementos para que resulte verdaderamente elegante. De ahí que se preocupe en estos momentos de ofrecernos esos cuellos blancos, azules, rosados... que tanto animan los trajecitos, formando con el color de los vestidos acertado y feliz contraste. Esas corbatas y plastrones hechos de finos plisados o «ruches», combinados sablamente y que constituyen los más modernos y originales aditamentos.

De este modo podríamos seguir comentando cómo selecciona los otros complementos del atavío; por ejemplo, la elección del color y calidad de las medias que es preciso lucir con cada uno de los trajes y conjuntos, los zapatos más adecuados para esas «toilettes». Pero en uno de ellos se ha fijado en todo tiempo la moda de un modo especial, concediéndole toda la importancia que hoy le concedemos. Son los guantes que usan las mujeres. Guantes coquetos que, remozados y con traza singular, pueden admirarse en los selectos centros de la moda. En unos nos sorprende su trama fina, de dibujo de colmena, que dejan entrever por entre sus mallas las sortijas con que los dedos se adornan. Otros llaman la atención por la combinación de sus pieles, casi siempre dos, completamente diferentes; lagarto y cabritilla, cocodrilo y de Suecia, o bien se combinan guantes de un tejido cualquiera igual al abrigo, vestido o chaqueta y la manopla de ante, etc., etc.

Nota que cautiva nuestras miradas y se delata a nosotros como la novedad del momento son los guantes combinando con los bolsos y Carteras. Guantes de tejido acanalado igual que el bolso, en color marrón, adornados, uno y otro, con tiras de piel lisa. Guantes de tejido de fina arpillera, color crudo; la palma interior, de cabritilla «beige» con clavos en la manopla, al igual que el bolso, que está completamente sembrado de aplastadas cabezas de clavos dorados.

A veces la cartera está plegada en la parte delantera y los mismos pliegues o frunces se repiten en el antebrazo del guante. Otros están trabajados de nervaduras, que en los guantes y la cartera se repiten con igual dibujo.

Con relación al guante, se ha de tener en cuenta, que si se trata de los propios de deporte, éstos son, generalmente, de piel, gamuza o ante, y de color que rime con el del conjunto. Estos guantes sirven también para completar atavíos de mañana o viaje. Para la tarde se hacen de ante blanco, con manopla de regular tamaño y cerrados por brazaletes de ante, también blanco, con adorno en el centro de fina tira de piel azul marino. Si el vestido lo requiere, pueden usarse también guantes de organdí o de plique que igualen con el sombrero o con cualquier



Zapatos de lino muy indicados para usar con los vestidos del mismo tejido. — Sombrero bretón, en paja gruesa blanca, adornado en la parte inferior, con un lazo negro. Sombrero de paja natural pezpunteado en rojo y adornado con dos altas rojo y blanco. Paletot de «balena» marino y blanco, adornado con un cuello de organdí blanco.

Vestido de crepe de China impreso blanco, negro y verde. El sombrero es de paja, adornado con un grupo de florecitas en la parte inferior. Las flores son rosa y verdes.

otra parte saliente del atavío. Así son unos guantes de Mainbocher, lo mismo que el pañuelo anudado en el escote, hecho de crespón rojo a motas negras, que guarnece un vestido negro de lanilla. Este detalle de los guantes y el pañuelo rojo sobre fondo negro es nota de bonito efecto.

Queda por hablar de los guantes de noche. Largos y vistosos, ajustándose para poder servir de mangas, que llegan casi hasta el hombro. Hacen las veces de ellas muy pintorescas, que completan con gusto y riqueza el traje de noche. Worth tiene unos lindísimos de muaré blanco, y Molyneux los ofrece en tupido tul que acaba, pasado el codo, en volante de unos cinco centímetros, formado por tres diminutos fruncidos.

MARÍA DE NAVARRA

Tal y como viene ENSAYOS Nostalgia de ensueño

Yo también soy pintor, y sobre el lienzo quiero pintar la imagen de mis sueños, y en mis fuertes empeños trazaré de mi madre la figura:

Cual los suyos muy negros los cabellos, muy largos y rizados, y unos ojazos negros y rasgados que me sirvan de luz con los destellos de su intensa dulzura.

Una mujer muy buena y candorosa que me adore con ansias de ternura, que comprenda mis penas y amargura, que sufra en mi tristeza, y me consuele toda temblorosa cual mi madre lo hiciera.

¡Quiero pintar las formas adoradas de una mujer que mis silencios hiera con su risa sutil y sus miradas!

FRANCISCO GRANELL

Mahón, abril, 1934.

PENSAMIENTOS

¿Hay cosa como ser casado un hombre y con mujer de bien, que es más que hermosa? No hay más bien, no hay más dicha; que en efecto El matrimonio es santo.

Hurtado de Mendoza

La mujer es bella y casta, tanto más bella cuanto más reservada, más modesta y más casta sea. Su modestia forma parte de su belleza. Es su hechizo y su defensa.

Mons. Bougaud

Convenga a una madre descuidar algo su persona para cuidar mucho la de sus hijos; a una cristiana, renunciar estériles adornos para socorrer necesidades verdaderas.

Estébanez Calderón

Tal es la flaqueza en que las mujeres somos criadas, que no se puede fiar a nuestro valor nada.

María de Zayas

DE COCINA

CARDO A LA MADRILEÑA

Limpio y escaldado el cardo, se parte en trocitos y se pone a cocer en agua con sal y una cucharada de harina.

En otra cacerola se rehogan 25 gramos de tocino de puntas picado y una cucharada de harina. Cuando ésta tome color, se añaden dos cucharadas de caldo, sal y pimienta, y se deja cocer unos cuantos minutos.

En esta salsa se pone el cardo una vez cocido, dejándolo hervir hasta que dicha salsa quede muy reducida, en cuyo momento puede servirse.

FILETES DE ATÚN

Cortado el atún en filetes del grueso de un centímetro, se espolvorean ligeramente con sal y pimienta.

monías y anhelares: la eterna rima de la creación...

La tensión de espíritu de Manuel Ardieta y de Fernando Cortezo, había llegado hasta el límite de la humana contención. Como la madre tierra, su corazón cantaba, como el sol ardiente, sus cuerpos jóvenes sentían la necesidad de dar expansión a la actividad vital.

Gloria también oía, allá muy adentro de su alma, una cancioncilla misteriosa que decía con divinas cadencias palabras nuevas, halagadoras... Voz de primavera, voz de amor. Y seguía con ojos envidiosos el vuelo de las avejillas, el revolver lleno de arrullos del ruiseñor, cuando rendido de vigilancia y cantos preparaba entre armonías un nido chiquitito en el hortal, cabe las verdes frondas de emparados y choperos. Envolvía en una mirada luminosa a las parejas campesinas con las que se cruzaba el raudal caminar del automóvil, conducido hábilmente por la mano segura del Conde de Fenollar a través de las blancas carreteras de los contornos, entre los banales perfumados, entre los esplendidos huertos de naranjos floridos,

entre las bardizas de aromos, silbando en marchas vertiginosas.

Aquella carrera loca, el fofoqueo de la cantante del autovoz, la onda de oleos campesinos que envolvían el campo sofocando el de la benicña, el estrepitoso de las añoranzas que se desahucaban en el ambiente tibio del mes de azahar, los rumores vagos de chaperos de guitarras y de bandurrias, ponían en el alma de la doncella una notable emoción desfallecedora e intensa que la hacía llegar a Fenollar rendida y muy después de experimentar una gran fatiga física o de haber realizado un considerable trabajo intelectual.

Una de estas tardes, quizá la más clara, la más luminosa de todas, el hijo de Alfonso Róspide, conducido por Fernando Cortezo, después de haber estado silenciosamente la espiral del camino y de dar vertiginoso una vuelta completa por la vega, desembocó en una arenosa playa de Fenollar, precisamente, pero muy en especial en esos días.

Pilar, con un libro entre las manos dirigíase hacia la costa erizada de pinos que se erguían a mano izquierda para sentarse cara al mar como un mirador gigantesco.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

— POR —

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(79)

vorecería aquella quijotada de renunciar por escrúpulos de delicadeza al inefable tesoro del amor?...

El vefa al señor de Fenollar sufrir atrocemente; él sabía mejor que nadie, quizá, hasta qué punto era capaz de amar aquel muchacho ardiente y apasionado, poeta y soñador, bajo una fría apariencia de indiferentismo. Le veía retorcer el alma en espasmos dolorosos, comprimiendo con heróicos esfuerzos su cariño para que nadie lo supiese, ella menos que los demás. Y Ardieta creía que luchaba por orgullo, por el invencible orgullo de raza. Juzgaba mal a Fernando Cortezo. Por orgullo no hubiese ya luchado ni una hora. Estaba vencido y se hubiese entregado.

Al mismo Ardieta le parecía difícil

apreciar cual de ellos amaba más a Gloria Róspide.

Comprendía que su amor era más quimérico, más púber, más espiritual, más romántico que el del Conde; que el de éste era un cariño más humano, en el que, tumultuosos y ardientes, se mezclaban los puros deseos de un alma sediente de bellezas espirituales y los otros menos elevados pero indispensables, de la materia, tan sabiamente combinados en aquel ente apasionadísimo que formaba un amor grandioso, ante el cual, Manuel Ardieta sentía una súbita admiración.

Resultado de todo esto, fué que la amistad de ambos jóvenes si no se enfrió, porque era consecuencia de una compenetración muy acabada, quedó envuelta en un cendal de recelo, de suspicacia, porque los dos tenían motivos para sospechar que se ocultaban recíprocamente la mejor parte de sus sentimientos.

Ardieta, además, observaba a Gloria. Tenía hecho el firme propósito, si descubría en ella el menor síntoma de amor hacia el Conde, de retirarse dignamente. Pero su corazón protestaba lleno de angustia y era de suponer que

si el caso de tener que elegir Gloria entre los dos llegaba, no sería sin que entre ellos no surgiese una desavenencia seria.

La situación era muy crítica; más de lo que pudo esperar el Príncipe Romanieff. Y el equilibrio pendía de cualquier acto insignificante, de la menor torpeza, de la casualidad... Como acontece siempre en casos semejantes, la causa determinante del conflicto que más tarde había de cernerse sobre los habitantes del castillo de Fenollar, surgió cuando menos se la esperaba.

Corría mayo... El campo estaba en toda su lozanía bordado de margaritas, de amapolas, de mil olorosas florecillas que matizaban sobre el verdor de los trigales un vistoso tapiz policromo. Era el mes divino de las fecundaciones misteriosas. Pájaros y plantas a la par, cantaban el himno de la vida entre raudales de luz que cegaba con sus deslumbrantes tolvaneras.

Todos los seres sentían el pleórico desbordamiento de la Naturaleza, pródigo en energías y en exuberancias. Era algo así como si el mundo entero hubiese compuesto, para recitarlo al unísono, un madrigal grandioso de ar-

monías y anhelares: la eterna rima de la creación...

La tensión de espíritu de Manuel Ardieta y de Fernando Cortezo, había llegado hasta el límite de la humana contención. Como la madre tierra, su corazón cantaba, como el sol ardiente, sus cuerpos jóvenes sentían la necesidad de dar expansión a la actividad vital.

Gloria también oía, allá muy adentro de su alma, una cancioncilla misteriosa que decía con divinas cadencias palabras nuevas, halagadoras... Voz de primavera, voz de amor. Y seguía con ojos envidiosos el vuelo de las avejillas, el revolver lleno de arrullos del ruiseñor, cuando rendido de vigilancia y cantos preparaba entre armonías un nido chiquitito en el hortal, cabe las verdes frondas de emparados y choperos. Envolvía en una mirada luminosa a las parejas campesinas con las que se cruzaba el raudal caminar del automóvil, conducido hábilmente por la mano segura del Conde de Fenollar a través de las blancas carreteras de los contornos, entre los banales perfumados, entre los esplendidos huertos de naranjos floridos,

entre las bardizas de aromos, silbando en marchas vertiginosas.

Aquella carrera loca, el fofoqueo de la cantante del autovoz, la onda de oleos campesinos que envolvían el campo sofocando el de la benicña, el estrepitoso de las añoranzas que se desahucaban en el ambiente tibio del mes de azahar, los rumores vagos de chaperos de guitarras y de bandurrias, ponían en el alma de la doncella una notable emoción desfallecedora e intensa que la hacía llegar a Fenollar rendida y muy después de experimentar una gran fatiga física o de haber realizado un considerable trabajo intelectual.

Una de estas tardes, quizá la más clara, la más luminosa de todas, el hijo de Alfonso Róspide, conducido por Fernando Cortezo, después de haber estado silenciosamente la espiral del camino y de dar vertiginoso una vuelta completa por la vega, desembocó en una arenosa playa de Fenollar, precisamente, pero muy en especial en esos días.

Pilar, con un libro entre las manos dirigíase hacia la costa erizada de pinos que se erguían a mano izquierda para sentarse cara al mar como un mirador gigantesco.